



TÚ Y YO, DE NICCOLÒ AMMANITI

Jonás, Gepetto y  
Lorenzo en el vientre de  
la ballena austriana

Página 3

VIEJO, SOLO Y PUTO

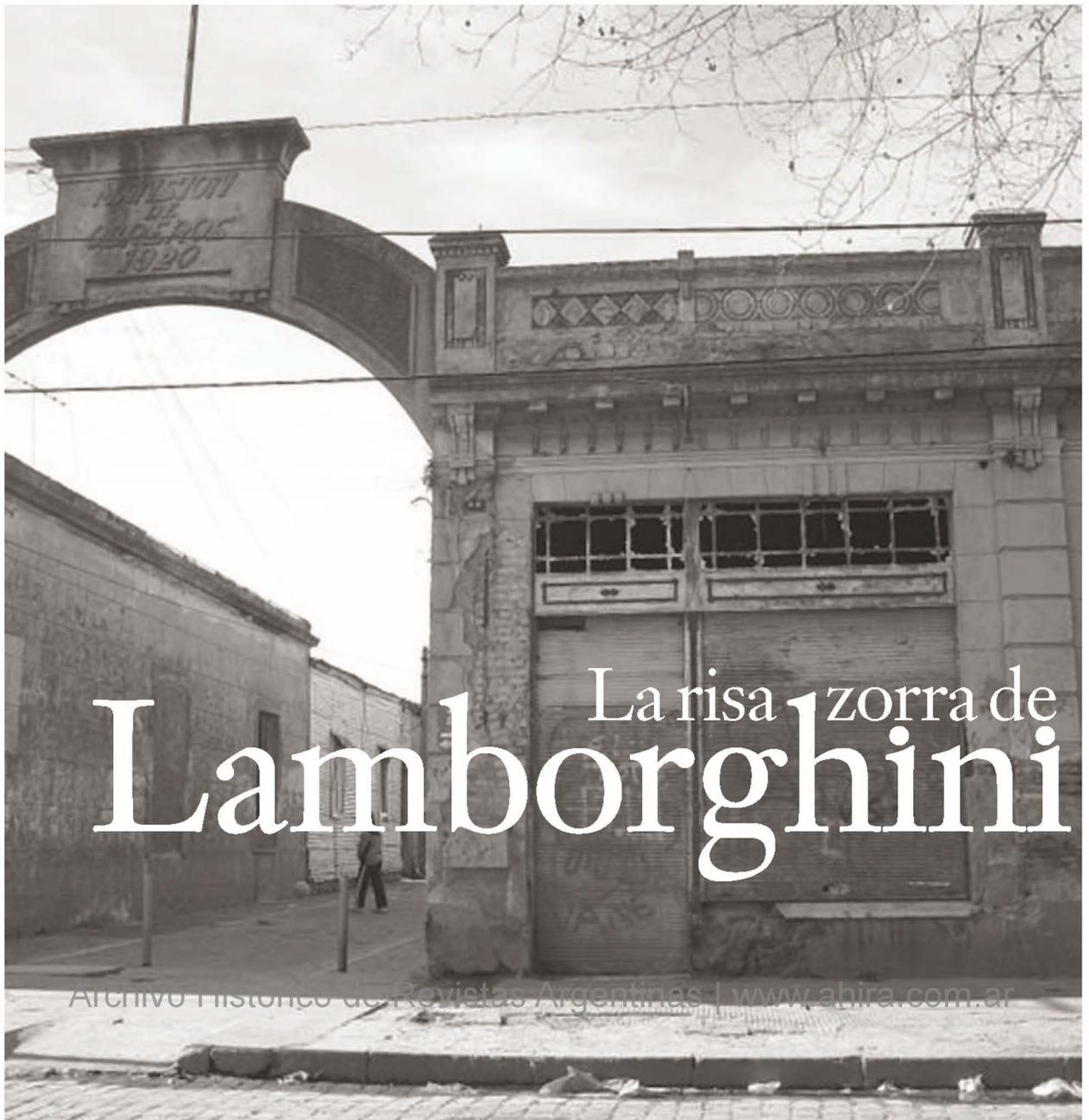
Una admirable  
lección  
de teatro

Página 4

ST

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 1 | NÚMERO 48 | JUEVES 1 DE NOVIEMBRE DE 2012



La risa zorra de  
**Lamborghini**

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)

“En Macedonio va apareciendo algo que no es imposible de ver en toda la filosofía del lenguaje”, afirmó el director de la Biblioteca Nacional, Horacio González, en la inauguración de las Jornadas Macedonio Fernández, que se realizaron en esa institución y en el Malba. “Existe un momento en que entramos en la literatura de Macedonio —expresó González—. Imaginar cuándo entramos en esa obra significa

un problema interesante, porque se entra sabiendo que será difícil salir”. Y señaló: “porque es difícil, también, imaginar que el conjunto de lectores de Macedonio representa un tipo especial de lectores. Lectores capaces de soportar los obstáculos que su obra propone. Todo Macedonio es una petición de lectura”.

JUAN RAPACIOLI



# La risa zorra de *Lambor*



→ LUIS SOTO

“Una primavera me sorprende y el mover de este pueblo. El ruido se hizo carne y habitó entre nosotros”.

Leónidas Lamborghini,  
*Las patas en las fuentes.*

En ciertos episodios históricos hay personajes a quienes la memoria colectiva reconoce (o adjudica) un protagonismo preponderante, una suerte de conducción de los hechos. El mes pasado se ha evocado un nuevo aniversario del 17 de octubre. Erigida en institución nacional, a esa jornada que tajeaba la marcha de la república no resulta simple asignarle un único progenitor.

Ha vuelto a mencionarse a Cipriano Reyes y Evita, no importa en qué orden de influencia, y nadie ignora, además, que miles de acciones de esa suerte de propiedad masiva corresponden a dirigentes gremiales y tantos ciudadanos anónimos que desde Berisso, Pompeya, Dock Sur, Mataderos, salieron a la calle a reclamar la libertad de Perón.

Numerosas obras de teatro, ficción y poesía se han originado a partir de la pueblada que encontró al líder preso en la isla Martín García. Pero en este campo no asoman aspirantes de estatura suficiente para cuestionarle la vanguardia a Leónidas Lamborghini.

Una famosa foto de la tarde del “17”

muestra a un grupo de trabajadores sentados en los bordes de la fuente de la plaza de Mayo y metiendo sus pies descalzos en el agua. Se trataba de aliviar los hondos calores vividos en aquella jornada, pero el acto simbolizaba un ensayo de toma de la plaza por el pueblo y, por qué no, la metamorfosis de la fuente convertida en el charco o la cuneta donde —diversión barata de humilde barriada— brincaban emporcándose los pibes cada día de lluvia. Charco o cuneta enclavados en el escenario políticamente más representativo de la república. “Antes la plaza era un monumento: la Rosada, la pirámide, la fuente. Había que ponerse traje y estar parado, igual que cuando se canta el himno. Después del 17, ir allá era como ir al río. Nos llevaba el mismo camión”, explicaba en 1961 Donato de Martino, dirigente sindical de UTA.

Lamborghini estuvo ese día en la plaza. Solo. Tenía 18 años y era

obrero textil. Tiempo después hallaría afinidades entre el hacer de tejedor y el de poeta. Esa presencia y su mirada lúcida parieron la decisión de abrazar la causa popular desde que la criatura aprendió a caminar. Y no demoró en cantar aquella gesta en *Las patas en las fuentes*. Habló del “croar del corazón de esefeto”. Hurgó en el basural, el lugar del no poder, y allí escogió retazos y se entregó a velar el alumbamiento. Dio voz y vida al tipo que hizo el “17”. “Estoy con la cabeza/ metida en la cabeza/ del adicto cabeza”, dijo, y detrás, el eco de la marcha: “Somos los destrozados/ los mutilados/ la vida por/ la vida por”. Como nuevo testimonio de su ser peronista surgiría Eva Perón en la hoguera, poema que es reescritura de *Larazón de mi vida*. El texto fue grabado por dos actrices: Norma Bacaioco (1966) y ya derrocada la dictadura, Cristina Banegas.

Si bien su obra poética había sido elogiada en sus comienzos por Leopoldo Marechal, Oliverio Girondo y Juan L. Ortiz, y a partir de su regreso del exilio en Méjico (1990), por Rodolfo Fogwill, Ricardo Piglia y Luis Chittaroni, que sellaron la maestría de Lamborghini, su poesía no ha llegado al lector común. Déficit que afecta a la poesía toda y aísla a sus cultores, en este caso fogoneado por el establishment político-cultural. “Decían que mancillaba la poesía, esa cosa elegante, delicada.

Y era por esa risa. Me recominaban: qué hace esa risa sarcástica, payasesca, en un po-

ema. No leyeron a Discépolo: ‘tanto dolor que hace reír’. Escribo pensando que por ahí me van a leer dentro de medio siglo. Tampoco le daban pelota a Stendhal y él, más escéptico que yo, confiaba en que la estimación crecería en 100 años”, solía decir *Lambor*. Antes de irse a Méjico, claro, y sin imaginar que sería seguido y venerado por los jóvenes desde el regreso hasta su muerte (2009).

Si supo llegar a los censores de la dictadura. Aunque no era hombre de enrolarse en la acción armada, los “servicios” le decían prolija lectura a sus trabajos. Pronto recibió voces de alerta de los amigos. “Me dicen que tengo que rajarme”, contó una noche. Un pasar económico modesto y austero, y la decisión de viajar con los cinco hijos y su esposa Graciela, eran vallas difíciles de superar. Se alojaron en casa del pintor Blas Castagna, con quien compartiría una obra excepcional, *Odiseo confinado*: versos de Leónidas y grabados de Blas.

A esta altura, vísperas de la retirada sin fecha de retorno, cabe el relato de un hecho no difundido. *Lambor* debía permanecer “guardado” a la espera de los pasajes salvadores. Espera que se prolongó bastante más de lo previsto. En ese momento, el 4 de julio de 1976, se produce la masacre de los curas palotinos en la iglesia de San Patricio, situada en pleno Belgrano R, a unas cuadras de lo de Castagna. Un grupo parapolicial asesina a tres sacerdotes y dos seminaristas. “Estos zurdos murieron por adoctrinar a mentes vírgenes”, rezaba un mensaje dejado por los asesinos. A *Lambor* lo exaspera un recuadro de *La Nación*, que incluye un comunicado del ejército: “los sacerdotes fueron asesinos dos por elementos subversivos en la

misma iglesia, lo que demuestra que no tienen patria y tampoco dios”. El 5 de julio se oficia una misa a la que asisten autoridades militares y más de 3.000 fieles. El nuncio apostólico Pío Laghi, que cocelebra la misa, confesará luego a Robert Cox, director del *Buenos Aires Herald*: “al darle la hostia a Suárez Mason sentí ganas de pegarle con el puño en la cara”. Era época de ganas reprimidas.

Día soleado de invierno ese 5 de julio. *Lambor* resuelve ir a San Patricio con Castagna y este cronista. El punto de cita es la esquina de la iglesia. *Lambor* aparece de pantalones grises, zapatos negros puntiagudos y una musculosa blanca. El templo está colmado, es imposible entrar. Todas las miradas acusan al intruso, su pinta lo descalifica. En el límite donde nace el intercambio entre lo serio y lo cómico —“lo encontraré en Shakespeare”, decía—, hombres, sobacos y pelo en pecho desnudos, es la melena revuelta y el bigotozo, *Lambor* escucha el sermón. El valeroso palotino Roberto Favre exige la identificación de los responsables de la masacre y denuncia las desapariciones que se registran día a día. *Lambor* empieza a pasearse entre los fieles ubicados en la terraza de la iglesia. La camiseta abre el rumbo, los brazos alcanzan a rozar finos paños. “Ya está, vamos”, concluye al rato el poeta de la parodia, ese día titular de dos “p” adicionales: peronista provocador. Mientras vuelve a la casa de la calle Carbajal suelta una carcajada y dice: “si hubiéramos metido las patas en la fuente...”. “¿Qué fue entonces?” “La pila donde mojan los dedos para negociar con dios”. “¿Con los timbos puestos?”. “No serían patas. Sin”, remata el solicitante descolocado. “Sufrir simula, seguro ríe. Esa risa zorra”.



LAMBORGHINI. “ESCRIBO PENSANDO QUE ME VAN A LEER DENTRO DE MEDIO SIGLO”.

## LA SOMBRA DE HANDKE EN ENSAYOS DE COLORATURA ÍNTIMA

En *Lento en la sombra*, el escritor, dramaturgo y director de cine austríaco Peter Handke retorna sobre sus preferencias estéticas y sus opciones políticas, rompiendo un silencio autoimpuesto desde la guerra de los Balcanes, a mediados de los 90. Ese silencio no implicó que dejara de escribir y, de tanto en tanto, publicar un artículo, generalmente un descargo, en algún diario que continuaba insultándolo por

sus posiciones sobre la situación en la ex Yugoslavia, que podrían resumirse en una de sus frases: "No me importunes con tu saber, yo no he dicho que quisiera ser tu alumno". El libro, publicado por la casa Eterna Cadencia, reúne una serie de artículos, conferencias y ensayos, traducidos por Ariel Magnus, y editados por Matías Serra Bradford.

PABLO E. CHACÓN



JUEVES 1 DE NOVIEMBRE DE 2012 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3



LEONARDO HUEBE

Tú y yo

Niccolò Ammaniti.

Anagrama, 2012, 136 páginas.

# Jonás, Gepetto y Lorenzo en el vientre de la ballena austriaca

Hace un tiempo creí que había encontrado la novela perfecta: *Bonsái* de Alejandro Zambra. El último año fui buscando entre los canillitas ejemplares del número 22 no devueltos de la edición Los 40 de Anagrama aparecidos con *Página/12* para regalarlos, como un Robin Hood literario, entre todos aquellos que aspiraban a escribir la gran novela latinoamericana, la que en sus mentes no podía tener menos páginas que *Cien años de soledad*, *Paradiso* o *La muerte de Artemio Cruz*.

La lectura de *Tú y yo* de Niccolò Ammaniti me hizo recordar la emoción del descubrimiento de *Bonsái*. Apenas la acabé me serví otro whisky, salí al lavadero para aspirar un poco de aire y volví a leerla hasta terminarla con el canto de ese invento raro que son esos pájaros inservibles que anuncian, monótonos, agudos e inmortales, las madrugadas.

Lorenzo es un chico de catorce años que no puede socializar. Decide, engañando a su familia,

encerrarse una semana en un sótano: el vientre de la ballena; su lugar en el mundo.

Quizá haya sido la cercanía entre las lecturas de *La invención de la soledad* y *Tú y yo* la que me hizo avanzar en la novela de Ammaniti sin quitarme de la cabeza la segunda parte del texto de Auster: *El libro de la memoria*, en la que el Jonás bíblico y el Gepetto de Colodi son los que sostienen la historia.

Lo primero de *La invención de la soledad* que me parece relacionarse con *Tú y yo* es lo que se describe como un posible epígrafe: "No puede olvidarse de la importancia concedida a los recuerdos de la niñez del escritor; que tal vez parezcan muy extraños, se derivan al fin y al cabo de la hipótesis de que la imaginación creativa, a igual que las fantasías, es una continuación y un sustituto del juego de la infancia" (Freud).

En algún lado, Ammaniti dijo: "Mi casa era pequeña y éramos muchos. En el sótano era un lu-

gar donde encontraba tranquilidad y silencio. Allí me llevaba mis revistas, mis cómics, mis cosas. Me gustaba pensar que aquella era mi casa".

Lorenzo tiene 14 años y le tiene pánico a la raza humana, pero como es inteligente no huye, sino que, como puede, con esfuerzo, se adapta a ella: digamos que hace creer a los demás que es lo que aborrece para que no lo molesten. Ammaniti abre la novela así: "Se llama mimetismo batesiano a la propiedad que tiene una especie animal inofensiva de parecerse, en color y comportamiento, a otra tóxica o venenosa que vive en su mismo hábitat. Así, la mente del predador asocia la especie mimética a la especie peligrosa, lo que aumenta sus posibilidades de supervivencia".

Podríamos imaginar esta novela como un triángulo: El lado A-B es ese, el del mimetismo social, el del cordero disfrazado por la piel del lobo, rodeado por su manada y aullándole a la luna. El B-C, es las vacaciones que se inventa Lorenzo para ser él: su semana encerrado, comida enlatada, playstation y libros de Stephen King, en el sótano de la casa familiar, con la que piensa recuperarse del mundo como cajero de banco que se va a tirar al sol y a tomar piñas coladas en la isla de Oahu.

Jonás y Yahvé. Gepetto y Pinocho. Por último, el lado C-A: "Tú y yo"; es decir Lorenzo y Olivia.

Olivia Cuni es la hermanastra de Lorenzo e interrumpe en sus vacaciones subterráneas para conseguir algo de dinero con el que comprar drogas. Tiene veintitrés años, y una historia que abarcaría cuarenta y seis.

En *El libro de la memoria* volu-

tre A. y su hijo, encerrado en el baño:

—¿Qué haces? —le preguntó A. desde el otro lado de la puerta.

—Estoy pensando —contestó el niño—. Para pensar tengo que estar solo.

Lo que le sale mal a Lorenzo en su plan de estar solo es que aparece Olivia. Pero lo que le sale mal es lo que le sale bien. Si hablara más sobre la continuidad de la novela estaría cometiendo ese nuevo crimen al que hasta los más castellanizados llaman "spoiler".

*Tú y yo* es una novela que se te queda en la cabeza por mucho tiempo, así que esas ciento treinta páginas que se pueden leer en tres horas de una tarde libre, no es una lectura pasajera. Es traicionera: crece en tu mente como un bollo de harina y agua con levadura, se abre en tu cabeza como una matryoshka rusa, se te incorpora sin que te des cuenta, como una experiencia de tu doppelgänger.

Aquí, en *Tú y yo*, Ammaniti nunca se deja llevar por lo que escribe, es consciente de lo que quiere hacer y hacia dónde va: no hay párrafos que sobren, ni frases lindas pero intrascendentes; hay una historia contada con honestidad.

Cómo dice en algún momento Olivia: "me alegro de haber descubierto a un hermano escondido en un sótano". Yo me alegro de haberlos descubiertos a los dos.

## LA CULPA DISECCIONADA EN LOS RELATOS DE VON SCHIRACH

Gente común, elegida con precisión de escarpelo por Ferdinand von Schirach, configura quince historias de setecientas en las que interviene como abogado defensor penalista para su libro *Culpa*, quizá para develar los claroscuros de la justicia. Su primera obra, *Crímenes*, también publicada por Salamandra, ganó el premio Kleist y fue uno de los libros más vendidos en Alemania. En

*Culpa* siempre hay un disparador que convierte al honesto ciudadano en delincuente, homicida, abusador. O aparece una víctima propiciatoria a ocupar el lugar destinado al culpable, que se esfuma entre las sombras. Todas posibilidades exploradas por Von Schirach en este poner en foco desde la literatura la condición humana.

MORA CORDEU



## CONTRATAPA

OSVALDO QUIROGA

# Una admirable lección de teatro

Cuando en el escenario asistimos a un hecho vivo, radical y sin concesiones, la satisfacción que sentimos como espectadores o críticos es tanta que uno siente que pocas veces tiene la oportunidad de instalarse en el corazón del hecho teatral. Y aunque su título parezca provocativo, *Viejo, solo y puto* es un logro dramático de enorme envergadura estética. Y lo es por más de un motivo.

Lo primero que debemos destacar es la carga de verdad que imprime cada uno de los intérpretes a su personaje. El público percibe que más que asistir a una representación teatral, se ha convertido en un espía de esta farmacia del conurbano donde se encuentra un puñado de seres patéticos, abandonados a su suerte, desdichados y condenados a acusarse por sus respectivas miserias.

Quizá lo más difícil de soportar sea aquello que no deseamos ver. Y la apuesta de Sergio Boris al frente de la dirección es tan radical que desde el primer movimiento escénico el espectador intuye que está allí para participar de una ceremonia siniestra, brutal, y que lejos de dejarlo indiferente saldrá del teatro con aquella convicción que alguna vez enunció Sófocles: "Hay muchas cosas tremendas, y ninguna más tremenda que el humano". En esa dirección transcurre *Viejo, solo y puto* en el Espacio Callejón, de la ciudad de Buenos Aires. Lejos de cualquier moralina ridícula, lo que sucede en escena, y en tiempo real, son diálogos entrecortados entre dos travestis, dos hermanos y un visitante médico. Uno de los hermanos acaba de recibirse de farmacéutico. La idea es ir a festejar. Pero entre los estantes de la farmacia surge un mundo de deseos ahogados, de rivalidades, de adiciones y de cierta intemperie afectiva que a medida que avanza la representación se convierte en una amarga reflexión abierta y poética sobre el desamparo. ¿Qué otra cosa podría decir-



VIEJO, SOLO Y PUTO. PATRICIO ARAMBURU, MARCELO FERRARI, DARÍO GUERSENZVAIG, FEDERICO LISS Y DAVID RUBINSTEIN, EXCELENTES ACTORES.

Una vez más comprobamos que el teatro es cosa de cuerpos. Cuerpos de actores y de espectadores. Cuerpos atravesados por conflictos que modifican sus propios cuerpos y los de los demás.

se de dos travestis que buscan con desesperación hormonas femeninas para cincelar sus cuerpos a la medida del deseo de sus clientes? O lo que es más inquietante: a la medida de sus propios deseos. ¿Qué papel juega en esta historia el típico chanta que saca pequeñas ventajas de todo mientras el mundo se derrumba a su alrededor? ¿Y qué decir de esos dos hermanos grises que están al frente de una farmacia donde la ley brilla por su ausencia? A Sergio Boris no le interesan las respuestas. Deja su obra abierta para que el espectador la complete. Como todo gran creador, y Boris lo es, le preocupan poco las conclusiones. Boris podría firmar la máxima de Antonín Artaud: "El teatro es como la peste, un azote vengador, una epidemia redentora".

Los cinco actores que dan vida a las criaturas de *Viejo, solo y puto* son excelentes: Patricio Aramburu, Marcelo Ferrari, Darío Guersenzvaig, Federico Liss y David Rubinstein. Verlos en el escenario es asistir a una lección de teatro. La interacción entre ellos es tan precisa que da miedo. Es como si de verdad fueran otros. Alcanzan un grado de penetración tan profundo con sus papeles que nadie creería que están actuando.

Una vez más comprobamos que el teatro es cosa de cuerpos. Cuerpos de actores y de espectadores. Cuerpos a través de los

conflictos que modifican sus propios cuerpos y los de los demás. Esa, y no otra, es la verdadera dramaturgia. El teatro no es literatura. Nunca lo fue.

Una última reflexión. Encontrarse con la otredad que se despliega en el espacio escénico es una experiencia también de la propia subjetividad. En este mundo acomodaticio, dominado por el sentido común, que suele ser un conjunto de prejuicios más o menos organizado, *Viejo, solo y puto* viene a darnos un merecido cachetazo. El teatro no debería existir para confirmar nuestras añejas creencias. En mi opinión está para todo lo contrario: para incomodarnos, para que logre, finalmente, y parafraseando a Kafka, romper el mar helado que llevamos adentro.